

# Pablo odiaba a las mujeres?



Padre Bruno Ibeas

y de tender, considerándola como virgen, como viuda y como esposa, la dignidad y los derechos de la mujer, no es ser rígido con ella. Decirle que se cubra la cabeza y no tome la palabra en las asambleas religiosas, no es deprimirla. Ir con la cabeza desnuda era, según costumbre del tiempo, signo de independencia y de autonomía; llevarla cubierta, símbolo de sumisión y de modestia. El Cristianismo, que había emancipado a la mujer en el orden social y le había atribuido en el hogar doméstico un rango de honor, no le otorgaba puesto en las funciones de la jerarquía eclesiástica, pero no quería dejarla sin los atributos de su dependencia expuesta a las seducciones de una sociedad orgullosa y li-

bertina. San Pablo, como heraldo y transmisor de la Buena Nueva, hallaba en el mundo malignos intérpretes y tenaces contradictores.

Cuando el mundo se obstina en extraviarse, es difícil corregirle. En el Concilio de Macón, del año 585, se reprodujo el recelo de esa imaginaria prevención contra las mujeres. Un Padre, dijo: «Mulierem non posse hominem vocitari», «que a la mujer no se le puede llamar hombre». Con el vocablo «homo», hombre, no suele el latín designar a la mujer. Los Padres explicaron bien el sentido: que la Iglesia consideraba a la mujer criatura racional exactamente como al hombre, pero los adversarios pusieron a la asamblea conciliar el mote de «Concilio misógino».

## Fray Mauricio de Begoña

—Es verdad que entre las mujeres se ha difundido cierta apacible y sonriente hostilidad inexplicable hacia San Pablo—comenta el doctísimo franciscano capuchino—. Esto nos debiera ya inducir a la seguridad de que tiene que ser muy interesante y profundo lo que San Pablo haya dicho acerca de la mujer, ya que parece haberle llegado muy a lo vivo. Y esto sólo ocurre con el alma femenina cuando algún poder fuerte, sincero y amable se le manifiesta. Y así es, efectivamente. Porque la única verdad es que San Pablo es el heraldo que Cristo se eligió, para proclamar, en la palestra del mundo antiguo y moderno, la gravedad y la gloria de ser mujer, aunque en la novela inglesa *Clementina* se diga que el Apóstol de las Gentes, al enumerar las diferentes glorias de los mundos siderales, la del sol, la de la luna, la de las estrellas, se olvidó de mencionar la gloria de ser mujer.

Basta recomponer el índice de las tesis del feminismo paulino. Igualdad humana y sobrenatural de hombre y mujer en el cristianismo (Gal. 3,28). La mujer es la gloria gozosa del hombre (I. Cor. 11,17). Entre esposo y esposa existe la mutua capacidad de santificación. (I. Cor. 7,13). Para hombre y mujer el matrimonio es indisoluble, o sea: se afirma la perpetuidad efectiva del afecto (I. Cor. 7,39). Reivindicación del valor sexual y natural de la mujer (Rom. 1,26). Las relaciones entre esposo y esposa tienen la majestad y trascendencia de las de Cristo y su Iglesia (Efes. 5,23). La relación que hay de Cristo al hombre, ésa hay del hombre a la mujer (I. Cor. 11,3).



Fray Mauricio de Begoña

amor del hombre a la mujer con el amor que el hombre a sí mismo se debe (Efes. 5,28 y 33). La mujer es el origen del hombre (I. Cor. 11,15). La mujer puede cultivar su ornato sin exageraciones paganas (I. Tim. 2,9). La mujer ha de fomentar y cuidar su cabello, que es su velo (I. Cor. 11,15). La vida de perfección cristiana es propicia a la mujer y hacia ella han de encaminarse viudas y doncellas que no piensen casarse (I. Cor. 7,25). La mujer puede dedicarse a un servicio más inmediato de Dios con las debidas cautelas (I. Tim. 5,5 y 9). La mujer puede aspirar a consagrarse única y directamente a Dios (I. Cor. 7,4). La encarnación del Verbo se verifica con la participación exclusiva de la mujer (Gal. 4).

Al lado de estas reivindicaciones definitivas de la mujer cristiana, según San Pablo, quedan las cartapisas, llenas de justeza y verdad. La mujer ha de estar sujeta al marido (Rom. 7,2). He aquí una verdad rígida; pero bien clara y exigida, sin esclavitud, no solamente por la espiritualidad y el orden, sino por el mismo amor. Se prohíbe a la mujer el magisterio público en la Iglesia (I. Cor. 14,35). No está bien que ore sin velo (I. Cor. 11,13); pero es por una razón angélica, «por los ángeles» (I. Cor. 11,10).

¿Serán acaso estas mínimas restricciones la única sinrazón por la que las mujeres no miren con la debida amabilidad, agradecimiento y orgullo a su paladín, el Apóstol de las Gentes, reivindicador de la gloria femenina ante dos mundos antifeministas, el judío y el pagano? ¿O simplemente esa desvaída y tenue malquerencia procede de que en el día de la boda, entre músicas, oraciones y azahares, suena la desabrida palabra «sujeta»? Todo puede sospecharse de la irritabilidad femenina ante el pormenor. Pero en todo caso, lo menos imprudente que se ha de responder a estas preguntas, como en toda cuestión femenina, es dejarlo en la móvil vaguedad del silencio.

## Padre Bruno Ibeas

—La insinuación implícita poco conocimiento de la personalidad de San Pablo—la más formidable de la antigüedad—y de la doctrina sobrenatural del hombre, que en San Pablo tiene el expositor, diuturno y practicante más cumplido.

San Pablo es uno de los caracteres más nobles y tempestuosos que han existido—prosigue el ilustre agustino—. Los arrebatos y las depresiones se suceden en él sin paréntesis. Pero una pasión absorbe y regula el todo de su personalidad: el amor a Cristo. Ella le conduce al desahucio completo de sí mismo. Lo que más nos repugna es lo que le define: consagrarse por entero a una empresa, hacerla triunfar y abandonar la gloria del triunfo a otro.

La jerarquía natural de los sexos es la base de las apreciaciones paulinas de la mujer. «Adán fué formado el primero y después Eva. Adán no fué engañado y Eva lo fué en la prevaricación». La subordinación de la mujer al hombre, en la vida moral y social, es consecuencia irremisible de ese principio.

Por las *Cartas* desfilan nombres de mujeres y hombres citados con idéntica afectuosidad ardorosa. Para San Pablo, mujeres y hombres han sido igualmente renovados por la gracia de Cristo. Las únicas mujeres que le amostazan algo son las marisabidillas, las hiperestésicas y las viudas jóvenes. No hay psicólogo-moralista que no coincida con él.

Algun literatuelo ha intentado avizorar en la vida de San Pablo rastros o gérmenes de conflictos sentimentales. A las regiones encumbradas de la abstracción no llegan los movimientos y choques menudos de las cosas. Y en época de San Pablo estaba aún muy lejos de haber aparecido Freud.

Algun literatuelo ha intentado avizorar en la vida de San Pablo rastros o gérmenes de conflictos sentimentales. A las regiones encumbradas de la abstracción no llegan los movimientos y choques menudos de las cosas. Y en época de San Pablo estaba aún muy lejos de haber aparecido Freud.

## Dr. Luis Fernández (Pbro.)

El ilustre colaborador de la revista «Y», tan conocido de nuestras lectoras por sus interesantes contestaciones desde el Consultorio jurídico canónico-civil, nos dice:

...¿Animosidad en San Pablo contra la mujer? No. El tuvo siempre buena y santa amistad con buenas y santas mujeres que coadyuvaron a la difusión del Evangelio. Las despedidas de sus Epístolas son un homenaje de afecto cordial y sincero cariño a sus personas queridas, entre ellas piadosas mujeres.

Ni podía sentir animosidad particular ni colectiva quien sabía escribir y escribía que: «La plenitud de la Ley divina es el amor». (A los Romanos, 13,10).



Dr. Luis Fernández (Pbro.)

(Continúa en la pág. 46.)